

Comentario al evangelio del sábado, 4 de septiembre de 2021

La libertad de los hijos de Dios

Mirad la diferencia. Desde los inicios, la Iglesia contempló el domingo como el gran día, Pascua semanal, día de la Resurrección de su Señor. Y sacó las consecuencias: es día de alegría, de festejos y de descanso (“de descanso”, en tiempos lejanos y alejados de las conquistas sociales, como el descanso semanal). Y, en el centro, la Eucaristía, la Misa Mayor para todos. Pero llegan los leguleyos, los de corazón estrecho, varados en sus minucias, y corrompen el proyecto de Dios y de la Iglesia. A la alegría le ponen adjetivos, “alegría espiritual”; fuera lo que ellos juzgan cosas del mundo. Para el descanso se empieza a distinguir trabajos serviles, trabajos liberales; y a una pobre madre de familia numerosa le entran escrúpulos porque tiene que aprovechar un tiempo del domingo para tener a punto la ropa de los suyos. ¿Y la Eucaristía? Más que gozarse en una comunidad que celebra la muerte y el triunfo de Jesús, salvación para todos, comienza la casuística de si esta obligación de atender a un enfermo me quita la obligación “del precepto”, de si he llegado “al evangelio” para que no haya pecado mortal; y no digamos nada de los tiempos del ayuno desde la medianoche anterior. (Sí, ya sé que estas cosas se han ido modulando hacia maneras menos tajantes, pero se intentaba ejemplificar).

Jesús es, a la vez, “Señor del sábado” y exquisito cumplidor de la ley del sábado: acude puntualmente, cada sábado, a la sinagoga, para orar y escuchar la Palabra. Cuántas veces comienza la narración de los milagros con la expresión “al salir Jesús de la sinagoga”. El sábado era para los judíos el día más importante, día de descanso, de culto, de festejo popular. Pero llegaron los intransigentes, exageradores en extremo de la ley, que se enfadan porque los discípulos cometían el gran pecado de tomar unas espigas del camino para matar el hambre. Jesús les responde desde el mismo campo de los intolerantes: pero si el mismo David y los suyos comieron panes sagrados, reservados a los sacerdotes, en un momento de necesidad.

Cuidemos el sábado, respetemos la ley, conservemos la tradición. Pero huyamos de las exageraciones particulares que maltratan al hombre para el que fue constituido el sábado. No nos inventemos leyes y normas (con nombres de orden, de religión, de seguridad, de “la verdad”, etc.) que deterioran la imagen de Dios en los hombres. Que la norma no devore al hombre.

En general, para la vida cotidiana de la familia, del trabajo, de la comunidad eclesial, no seamos fáciles en dar vueltas a las minucias, sin importancia. Nuestro diccionario llama a estos con términos muy expresivos: quisquillosos, puntillosos, meticulosos, nimios, picajosos, chinches, tiquismiquis, etc., etc. No lo olvidemos: ir en contra del hombre es ir contra Dios (aunque digamos que “defendemos a

Dios”).

Pero, sobre todo, celebremos bien el domingo. Vivimos bien la Eucaristía del domingo: en comunidad, la Palabra de Dios nos habla, Cristo muerto y resucitado se hace presente y lo sentimos, nos sentamos a la mesa del vino nuevo, oramos, en comunión, por todos, y salimos nuevos. Así, solo así, lejos de toda timidez, con grandeza de corazón, alabaremos -libres, más libres- a Dios y amaremos de verdad a todos.

CR

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org